

# **EL ESPEJO DE LA VIDA.**

**DE LORENZO ROMÁN.**

**EL ESPEJO DE LA VIDA.**

© Todos los derechos reservados

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, copiar o distribuir ninguna parte de esta obra, por ningún medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. Con ello, respaldas a los escritores y permites que puedan continuar publicando sus libros para todos los lectores.

Título: *El espejo de la vida*

© El autor: De Lorenzo Román

Diseño de la portada:

1ª Edición: julio de 2019

Nunca supe el tiempo que transcurrió desde que escuché el último latido de mi corazón y el regreso a la vida. Nunca supe qué pasó durante ese tiempo. Solo que había sido víctima de un infarto y estaba en el hospital. Había escuchado cómo retiraban todo tipo de instrumentos que eran necesarios para mi reanimación. Cómo quitaron la vía que daba acceso a mis venas y, poco a poco, mi cuerpo se estaba quedando frío. En pocos minutos sería absorbido por el rigor mortis y saldría de este mundo sin más. Pero algo había en mi interior que no era igual; algo me decía que aún estaba en la vida. Que estaba vivo aunque nadie podía notarlo. Una sábana blanca cubrió mi cuerpo y una nube intensamente negra cubrió mis sentidos.

## II

Todo había pasado aquella mañana. Me desperté con un leve dolor en el pecho. Como otras veces, pero, como otras veces, no le di importancia. Abrí las ventanas y salí al balcón. El otoño se presentaba frío y lluvioso. Respiré el aire de la mañana y sentí la necesidad apremiante de un café para terminar de despertar. Fui al baño e hice mis necesidades, luego, entré en la cocina y puse a hervir un poco de agua. Preparé una taza con su café y azúcar a la espera de que el líquido elemento hirviera. Mientras tanto activé el botón de inicio del ordenador. Me gustaba tomar el café mientras leía los periódicos y echaba un vistazo a las redes sociales y a mi página web. Leí noticias del mundo que alteraron un poco mis sentidos. Las injusticias me podían. Maldije y pasé página. Luego olfateé los temas deportivos y, como no había nada especial, cerré. Abrí mis cuentas de redes sociales y sentí que era admirado por muchas personas. Dejé agradecimientos en algunos de los comentarios dedicados a mis poemas y di un sorbo corto al café. Me gustaba muy caliente, así que tuve precaución en no quemar mis labios y mi lengua. Después, un largo suspiro acompañó el primer verso de un poema. Escribí, como casi todos los días, un poema romántico-erótico que acompañaba con una imagen al estilo del mismo.

Miré por la ventana y pude comprobar que la lluvia no tardaría en llegar. Me levanté del sillón y, con la taza en la mano, recorrí la casa en busca de otra taza de café. Una vez en la cocina puse una rebanada de pan al fuego

para desayunar. Miré mi teléfono móvil y en él había infinitas llamadas perdidas que nunca escuché. Desayuné otra taza de café y una tostada con aceite de oliva. Lavé la taza y el plato y volví otra vez al ordenador. Abrí mis archivos y seleccioné la última novela que estaba escribiendo. Revisé el texto cuidadosamente. Busqué un cuaderno que tenía en el escritorio y lo abrí por una página doblada. De nuevo me sumergí en la trama de la historia que narraba. El capítulo era uno de los más importantes y ya llevaba escritas muchas páginas. Las palabras brotaron a raudales, como hojas verdes de primavera, como hojas caídas en el otoño. Era importante dar musicalidad y sentido a cada una de las frases que escribía. Necesitaba dar un sentido poético a cada uno de los adjetivos. Escribir, escribir y escribir... Tres horas más tarde, me levanté del sillón. El dolor que torturaba mi pecho no había desaparecido; se sentía más leve, pero no se calmó.

Eran las once de la mañana. La lluvia se demoraba en caer. Pensé que debía salir a comprar algunos alimentos. El refrigerador estaba vacío y era necesario reponer. Frutas, verduras, carnes y alguna otra cosa que recordara en el supermercado. Me fui a la ducha y me duché con agua muy caliente. Me relajaba el agua caliente. Me sequé con la toalla y, desnudo y mojado, crucé por el pasillo en dirección al vestidor. Por el camino recordé que no había tomado los medicamentos y desvié mis pasos a la cocina. Dos pastillas y un sorbo de agua. Después me vestí con rapidez por que el frío se notaba en la casa. La chimenea la encendía siempre después del almuerzo. Me vestí con cualquier cosa. Un pantalón, una camiseta interior y una camisa. Me calcé las botas que me resguardaban los pies de la lluvia. Volví al baño, lave mis dientes y me dispuse a salir a la calle. Cuando abrí la puerta, cogí la gorra que había en el colgador y me la puse. El pelo escaseaba hacía años en mi cabeza y era necesario protegerla del frío.

La calle estaba desierta. Ninguna persona transitaba por ella en ese momento. Caminé despacio, mirando al cielo, desafiando a las nubes que, a su vez, desafiaban a quien las miraba. No tenía prisas. Mis días serían más

largos si tuvieran más horas. No tenía nada que hacer. Mi vida era yo, después yo y por último yo. Al llegar a la plaza se veían varias mesas del bar cercano, abandonadas por los jugadores de cartas. Era evidente el temor a la lluvia. Una sonrisa se dibujó en mis labios y seguí mi camino.

El supermercado estaba casi vacío. Saludé a la cajera y puse toda mi atención a la lista de compra que había redactado hacía varios días. Las verduras estaban caras, pero había que proveerse de ellas. Me daba igual el precio, prefería prescindir de la carne y de los embutidos. Siempre pensaba lo mismo y, al final, terminaba con un carro hasta arriba de lo que no podía comer. Saludé a varias señoras conocidas, bromeé con una de ellas y terminé esperando mi turno en la caja. Al final tuve que pagar con la tarjeta por que la cantidad resultante superaba con creces al dinero que llevaba en la cartera. Pedí que el reparto a domicilio se encargara de llevar la compra a mi casa.

En la calle comenzaron a caer pequeñas gotas de agua. Tuve que apurar mis pasos porque lo que comenzó siendo una amenaza de lluvia se convirtió en un diluvio en pocos minutos. El dolor en el pecho no había desaparecido. Cuando llegué a la casa, no podía respirar y sentí un sudor frío por todo mi cuerpo. El aire faltaba en mis pulmones y tuve que sentarme en las escaleras hasta que la fatiga fue desapareciendo paulatinamente. Me levanté del escalón y subí; me sentía algo mareado, me apoyé en la pared y llegué a la puerta. La abrí y entré en la casa. Pensaba que no era nada grave y no me gustaba ir al médico por cosas sin importancia. Me senté en el sofá y descansé. El dolor no desaparecía. Media hora después llegó el repartidor y dejó mi compra en la casa. El joven me miró varias veces y no dijo nada. Al final aceptó una pequeña propina y se fue.

Una hora después tenía toda la mercadería colocada en su sitio. Las legumbres, las latas de conservas, los detergentes, el jabón y la pasta de dientes. La fruta y verduras cada una en su lugar en el refrigerador. La carne y los congelados en el congelador, y la mermelada y mantequilla junto con el queso crema en su lugar correspondiente. Se había ido la mañana en un

soplo. Miré el reloj y ya era casi hora de almorzar. Tenía comida congelada que había dejado en agua caliente para descongelar. Abrí el pote y vi que me había equivocado al elegir. Otra vez lentejas... Preparé una ensalada con lechuga y tomate. Abrí una botella de vino tinto y me serví una copa. Su sabor era exquisito. Paladeé el sorbo cien veces mientras llevaba la copa a mi nariz para deleitarme de su olor. El dolor en mi pecho iba desapareciendo. Tal vez con la degustación lo había olvidado. Mi pensamiento dibujó una sonrisa en mis labios.

La lluvia cesó inesperadamente y un rayo de sol se atrevió a salir entre las nubes. En el cielo se dibujó una hermosa estampa en forma de arco iris. Miré por la ventana.

–¡El arco iris, papá! –Una voz se escuchó en mis recuerdos.

Miré el fenómeno de la naturaleza y sonreí. Una lágrima salió de mis ojos. Volví sobre mis pasos y tomé otro sorbo de vino. Cerré los ojos y evoqué aquella voz. Volví a sonreír y a llorar. Luego la sonrisa pudo con las lágrimas. Suspiré mientras encendía el fuego para calentar mi comida. Cubiertos, vasos, ensalada. Todo listo sobre la mesa. Cuando las lentejas estaban calientes, me serví un plato que podía ser la envidia de tres personas. Almorcé tranquilo mientras escuchaba las noticias en la televisión. A veces, la cuchara quedaba suspendida en el aire por algunas imágenes o a consecuencia del interés que ponía en alguna jugada de fútbol. Las previsiones meteorológicas ponían punto y final a las noticias y con ella al almuerzo. Después lavaba los platos que habían servido y los devolvía, ya secos, al platero. El dolor en el pecho había desaparecido, ni me acordaba de él.

Después llegó la hora de la siesta. Me senté en el sofá y me quedé dormido. Mis siestas eran de veinte minutos, si dormía más, por la noche tenía problemas para dormir. Cuando desperté vi que la tarde se había quedado despejada y lucía el sol. Eran días muy locos de otoño. Igual llovía



una semana entera, como la anterior, que llovía y salía el sol con temperaturas muy altas. Volví a sentarme delante del ordenador. Parecía que tenía prisa por terminar la novela. Abrí el archivo y di rienda suelta a la imaginación. Derroché sensibilidad en cada frase y sentía a cada uno de sus personajes con el amor de quien los crea. Tres horas más pasaron factura psicológica. Estaba cansado. El sol declinaba sobre los cerros del horizonte. El dolor en el pecho no había vuelto a manifestarse.

Miré el reloj y vi que aún era temprano, que quedaban dos horas más de luz. Hacía varios días que no salía a caminar y, decidido, salí a cambiar mis ropas por unas más veraniegas y deportivas. Un pantalón corto, una camiseta y me calcé las zapatillas que siempre usaba para caminar. La botella de agua, el teléfono y una gorra blanca. Salí a la calle y puse mis pasos hacia el sendero del río. El asfalto desembocaba en un camino de tierra lleno de hoyos, producto de las lluvias y la movilización en el mismo. Mis pasos se hicieron cada vez más rápidos. Sentía la necesidad de recuperar el tiempo perdido. Contemplé que la tierra había cambiado su tonalidad por un ocre amarillo. Los chopos se desprendían de sus hojas creando un manto amarillento a sus pies. La vereda se hizo más estrecha y, en algunos lugares, había que detener los pasos, para dejar sitio a las personas que caminaban en sentido contrario. Un saludo, una sonrisa y a seguir con el mismo ritmo. Varios perros ladraban en unos caseríos cercanos. Un buitre volaba majestuoso cruzando el cielo que abarcaba mi vista. Una multitud de insectos se retaban para conquistar el mejor sitio en los últimos rayos solares. Miré el tiempo que llevaba caminando y vi que iba con retraso con respecto a mis caminatas anteriores. Subí el ritmo de mis pasos. Mi meta era recuperar el tiempo perdido. Cuando llegué al final de la vereda, una explanada se abrió ante mis ojos. Rodeé una piedra, lugar indicado como meta, e inicié el camino de vuelta. Miré de nuevo el reloj y, evidentemente, había reducido el tiempo.

El sol se estaba perdiendo tras los montes. Un último rayo se hacía aún visible. El crepúsculo comenzó a invadir el camino. La subida había sido más

lenta; había que poner más empeño en la bajada. Ya no encontraba personas y adelantaba a las que, como yo, iban de regreso. Una leve punzada oprimió mi pecho. Detuve mis pasos, bebí agua y seguí caminando. El aire comenzó a faltar en mis pulmones. Las luces del pueblo se divisaban cercanas cuando el camino de tierra tocaba a su fin. Un leve mareo nubló mi vista y el dolor se intensificó. Activé el teléfono por que sentí miedo y, cuando buscaba entre mis contactos, caí al suelo.

### III

Mi cuerpo comenzó a levitar dejando atrás el envoltorio terreno. Me levanté y pude contemplar lo que quedaba de mí sin sentir nada por ello. Una luz muy fuerte se abrió ante mis ojos, cuando dos enfermeros se llevaban la cama donde había quedado mi carne. De pronto muchas imágenes pasaron ante mis ojos: cuando era un bebé, después un niño, cuando perdí los sonidos y todo se volvió silencio. Luego vi a un muchacho muy delgado, un adolescente que ya presumía de bigote. Un hombre con muchos deseos de superarse. La madurez había llegado, llena de nostalgias y abandonos difíciles de superar: era mi vida.

No sabía por qué aquella luminiscencia me envolvió, ni el tiempo que estuve dentro de aquél resplandor de paz y sosiego. Mis piernas se movían lentamente, despacio, sintiendo que no había suelo ni camino donde dar los pasos. Poco a poco, tras la luz, se fueron acercando siluetas de personas. Segundos más tarde esas siluetas eran conocidas. Una mujer se acercó a mí y me abrazó: era mi madre. Su abrazo fue tierno e infinito. Cuando se separó de mí, pude observar sus rasgos y sus ojos. ¡Era mi madre...! pero había tanta paz y ternura en sus facciones que se me hacía difícil reconocer su cara en esos instantes. No dijo nada, sonrió y se retiró modestamente. Mi mirada buscó entre los llegados y pude distinguir entre ellos una figura de mediana estatura, pelo largo y una sonrisa conocida en su cara: María... ¡Mi hija...!

Parecía como que no había transcurrido el tiempo. Once años habían pasado desde la última vez que nos vimos y, en ese momento, sentía que fue ayer. Se acercó a mí y se abrazó a mi cintura, como solía hacer en la vida terrena. La alcé y me abrazó el cuello y besaba mi cara con fuerza y amor. En sus ojos había lágrimas de emoción. No encuentro palabras para describir el momento. Yo, abrazado a mi hija, tiempo después, emocionados los dos. Luego, sentí que otros brazos nos abrazaban con alegría y amor. Después se fueron retirando modestamente hasta desaparecer. Entre ellos pude reconocer a mi hermana y a mi padre.

María y yo continuábamos abrazados. La luz que me trajo a la dimensión fue desapareciendo hasta quedar extinta. Un paisaje multicolor se abrió a mis ojos. María tomo mi mano y yo me dejé llevar. Mis ojos contemplaban el entorno con extrañeza. Miraba alrededor y sentía que yo había estado allí antes, pero todo era tan distinto que me hacía dudar. Inmediatamente entendí que el lugar era el mismo donde había vivido, solo que ahora estaba en otra dimensión. En pocos minutos llegamos a una casa. María abrió la puerta y entró. Yo la seguí. María vivía en la misma casa donde éramos una familia. En la misma casa que se había criado desde que nació. Todo era igual, aunque los colores eran distintos, aunque las cosas eran iguales, nada era como lo había vivido en la vida terrena.

Podía decirse que había muerto. Que había dejado mi vida terrena atrás y que mi envoltorio sería incinerado. Ahora me sentía bien. Mi cuerpo era diferente, aunque, había observado que no era como los demás. Algo notaba en mí que me hacía dudar del estado en el que vivía o estaba viviendo. Recorrí con mi mirada cada rincón de aquella casa. Era mi casa y la desconocía. Hacía muchos años que no estaba en ella y todo era diferente a como la dejé. Los espacios eran los mismos, las paredes de igual color, el decorado iba con los tiempos y el aire interior tenía otra respiración. María me observaba en silencio. Aún no había escuchado su voz. Sabía que todo era extraño para mí y que en aquél lugar más extraño todavía. Cuando nuestras miradas se encontraron, ella sonreía, pude distinguir que sus ojos no eran iguales a los que ya conocía. Eran más grandes y su color más claro.

–¡Es tu casa...! –dijo.

Su voz sonaba pausada, solo tres palabras y sentí que su tono no era el mismo que yo había escuchado antes. No había trabas en su vocalización. Era la única dificultad que tenía en su vida terrena. María se dio cuenta de mi sorpresa.

–Aquí todos somos iguales. Ahora no soy aquella niña que nació distinta. El cromosoma de más se quedó en la otra vida. Yo nací Down y eso me hizo ser diferente a los ojos de los demás. No era igual, lo sé y lo sabía, pero nunca fui distinta. Tenía problemas para aprender, me costaba más tiempo. Aprendí a amar a los demás sin nada a cambio. Tenía un don especial que solo tú pudiste apreciar en mí. Regalé amor y amistad, no conocía la maldad y nadie era distinto. A todos trataba con el mismo cariño...

Mientras hablaba, su voz se iba haciendo más audible, más profunda, más amorosa. Hacía muchos años que no la escuchaba y sentí que un nudo apretaba mi garganta. María no era la niña que nació distinta: era mi hija. En ese momento se acercó a mí y me abrazó. Ella sabía de mis desvelos, de mis noches despierto, de mis lágrimas y de mis oraciones por ella. Sabía del dolor que había causado su marcha inesperada.

Sobre la pared de la casa se iluminó un espejo donde se veía una sala de espera de un hospital. El hombre de unos veintiocho años estaba sentado en un sillón. Ese hombre era yo. La voz de una mujer se escuchó con un tono fuerte, como si repitiese sus palabras. Sus palabras pronunciaron dos apellidos que eran los que pertenecían a María. Me puse de pie y caminé hacia el lugar de donde se habían pronunciado. La mujer me pidió que la acompañara. Una puerta blanca se abrió al fondo de un pasillo muy largo. Mi acompañante me indicó que allí me esperaban. Aquello no me pareció normal. Ya tenía la experiencia de dos hijos anteriores y en ninguno de ellos hubo aquel protocolo. Una mujer rubia y gruesa se hizo a un lado de la puerta y me invitó a entrar. Me indicó un asiento, el cual agradecí. Yo intuía que algo anormal estaba pasando.

–Su hija ha nacido con síndrome de Down –dijo después de unas breves palabras.

Ese era el misterio que temía; sabía que nada había sido igual a los otros nacimientos. Las palabras de la doctora no se olvidaron nunca. María había

nacido síndrome de Down. En ese momento no sabía el significado de aquella palabra. Solo sabía que era mi hija y que, sí o sí, lucharía por ella hasta el final. Cuando la vi por primera vez, sentí que mi corazón se contraía. Era chiquita y nació con mucho pelo. Después, una leve sonrisa se pintó en mis labios.

El espejo de la vida cerró sus imágenes a nuestros ojos. La efeméride había dado comienzo con aquellos recuerdos. Empecé a sentir nostalgia de los tiempos, pero ya era imposible volver atrás. La vida había terminado para nosotros y estábamos juntos de nuevo.

Abrí los ojos lentamente, costaba soportar la luz que alumbraba, acostumbrando mis retinas a la claridad. Una tela muy blanca cubría mi cara y una interrogación se abrió en mi mente. No sabía dónde estaba, ni qué había pasado. Un dolor muy fuerte se delató en mi pecho. Moví mis manos, entumecidas por la inmovilidad presagiada, y la respiración se cortó un segundo. Un golpe de tos sobrevino a mi garganta, cuando escuché el ruido de unos pasos y una voz que pedía ayuda.

–¡Doctor... doctor...!

Nuevas voces se dejaron oír, pasos, carreras y gente a mi alrededor. Me pregunté dónde estaba, porqué estaba tendido en aquella cama, qué había pasado. Sentí que unos dedos expertos abrieron mis ojos y llenaron de luz las pupilas. Otra persona tomaba mis pulsaciones. Sobre mi pecho instalaron varias terminales y un ruido muy agudo comenzó a sonar. Mis ojos permanecían cerrados a la realidad. Escuché cómo la cama se movía con prisas, pidiendo rapidez a cada una de las personas que acompañaban; voces instando a despejar pasillos y golpes de puertas al ser cerradas. Todo fue sucediendo muy aprisa, con la velocidad y la incertidumbre que llega con lo inesperado. Mi respiración se fue haciendo más rítmica, alimentada de oxígeno medicinal a través de una mascarilla sobre mi nariz y boca, mientras que en mis venas entraban elementos inyectables. Los párpados tenían el peso de miles de átomos cada vez que intentaba abrir las ventanas a la vida. Mi cuerpo se fue relajando lentamente, envuelto en la sedación que dan los fármacos en vena, entrando en la inconsciencia impuesta. Un leve suspiro salió de mi pecho y entré en el mundo del sueño.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo sumergido en los efectos de los analgésicos. Cuando desperté una legión de médicos y enfermeras rodeaba la cama. Todos tenían una sonrisa curiosa en sus caras. Se miraban entre ellos con señales de sorpresa, sus manos a la cara, y volvían sus ojos hacia mí como

si algo extraño hubiera ocurrido. Tomaban mis pulsaciones con incredulidad y susurraban palabras que no alcanzaba a escuchar. Había abierto los ojos sin saber qué pasaba, ni dónde estaba. No recordaba lo que había sucedido. Interrogué con la mirada a los presentes y, ellos no se daban por aludidos, no encontré respuesta. Traté de mover mi brazo izquierdo, pero el movimiento fue detenido por una mano o por la cinta que me ataba a la cama. Moví mis dedos y suspiré víctima del cansancio. Pasados unos minutos solo quedaban dos personas a mi lado. Desataron mis extremidades, mojaron mis labios con un algodón con agua. Sentí necesidad de beber y llevé mi mano a la boca. Las precauciones, pensé, eran muy severas; necesitaba agua.

–Tengo sed, señorita... –dije.

Las enfermeras quedaron desconcertadas a mis palabras. Se miraron y sonrieron. Una de ellas salió y regresó a los pocos minutos acompañada por un médico. El hombre de avanzada edad, tomó las pulsaciones y revisó el expediente que le ofrecían. Con gesto agradable asintió por respuesta. La enfermera manejó en los pies de la cama y subió la misma hasta quedar yo sentado en ella. Respiré hondo, aliviado y dolorido, cuando un vaso de agua, transportado por una mano enguantada, llegó a mis labios.

–¡No tiene usted fiebre y el doctor ha autorizado para beber. Tiene que empezar por pequeños sorbos –dijo la mujer–. ¿Me escuchó?

Asentí mientras mi mano oprimía la suya para que no retirara el vaso de mi boca. Un leve movimiento bastó para que el agua se rebalsara y el vaso desapareciera de mis labios. Para mí no era suficiente. La enfermera me miró y dejó el agua en la mesilla lejos de mi alcance. Estaba sentado en la cama cuando me di cuenta de que estaba desnudo. Cubrí mis vergüenzas con la sábana e intuí miradas cómplices entre ellas. Miré el lugar donde estaba. Una habitación de hospital donde había un gran ventanal a un lado, una puerta de entrada y otra cerrada que tendría acceso al baño. Al frente y en alto, una televisión de pequeñas dimensiones resaltaba por su colorido. El aire que se respiraba era aire de hospital, aire de aparatos acondicionados, que tenían un olor inconfundible.



–¿Por qué estoy aquí? –pregunté.

Las enfermeras que me atendían no contestaron a mi pregunta y esa falta de respuesta puso en guardia todos mis sentidos. Quería saber qué había pasado, cómo había llegado allí y no me daban las explicaciones requeridas. Solicité la presencia de un doctor y obtuve la negativa por respuesta con la argumentación de que al día siguiente un cardiólogo me visitaría. No entendí lo argumentado y miré hacia la ventana. La luz que entraba por ella era artificial, entonces comprendí que era de noche. Pregunté el día y la hora, pero no recordaba la fecha ni el mes en que vivía. Había despertado confundido en el tiempo, con señales evidentes de olvido en mi mente. Traté de buscar en mis recuerdos y no encontraba indicios que confirmaran mi estado. Cerré los ojos y una imagen cruzó fugazmente desde mi retina al cerebro. Los abrí esperando ver lo que había visionado, pero no encontré a nadie en la habitación. Estaba solo. Me incorporé y moví las piernas hacia el lado izquierdo de la cama. Mis pies salieron de debajo de las sábanas, estaban fríos. Quería levantarme de la cama, pero no tenía pijama ni bata que cubriera mi cuerpo. Miré a la derecha de la cama y vi un llamador. Lo accioné y de inmediato se presentó una de las enfermeras que me atendían. Entró con una interrogación escrita en su mirada.

–Necesito un pijama...–dije.

No pareció que le gustara mi indicación. Salió y en pocos minutos regresó con un pijama celeste. Comprendí que, era la madrugada, debido a la hora, yo estaba despertando a otros enfermos. No dije nada. Se ofreció a ayudarme y le agradecí. Me sentía débil y su ayuda fue muy necesaria. Cuando había cumplido con su trabajo insinuó si necesitaba algo más. Mi sonrisa fue suficiente para demostrarle agradecimiento. Salió. Me senté de nuevo en la cama con confianza suficiente para levantarme. Puse los pies en el suelo sin esfuerzo. Apoyé mis manos sobre las rodillas y el esfuerzo me hizo temblar. Cerré los ojos y suspiré. De nuevo la imagen fugaz volvió a mi recuerdo. Al abrirlos comprobé que de nuevo estaba solo. Era una figura conocida, una cara muy familiar, una efigie querida, pero no la encontraba en mis recuerdos. Me levanté despacio, sin miedo, poniendo todas mis fuerzas en volver a caminar. Puse mis manos sobre la mesilla, sintiendo que la

verticalidad jugaba conmigo, y allí estuve varios segundos. Recobré la orientación cuando, sin querer, mi mano abrió el cajón de la mesilla. Dentro de él pude ver mis pertenencias: mi teléfono, mis llaves, mi... una cajita de cuero que no recordaba. La cogí en mis manos y la abrí. Dentro de ella había un papel muy suave. Lo toqué y advertí que dentro había algo más. Un mechón de pelo apareció ante mis ojos...

–¡María...! –exclamé.

En ese instante toda la realidad volvió a mi cerebro. Caí de rodillas con el pelo en mis manos, llorando sin consuelo, recordando lo que se me habían negado mis pensamientos. Recordé sus ojos y su risa, su pelo, su voz, sus canciones y su acento. Cerré los ojos y retuve la visión en mi mente: era María. En mis retinas, guardé la imagen para siempre. Una sensación extraña invadía mis células, una evocación infinita hacia su vida irrumpió en mi corazón, una sonrisa alegró mi cara y dejé de llorar en ese momento. Algo mágico había nacido en mí, algo increíble creció dentro de mi alma sin saber su procedencia. Estaba de rodillas en el suelo, perdido el miedo a perder de nuevo el equilibrio, y me puse de pie llenando de suspiros la habitación. Acerqué mi cara a la ventana y comprobé que era de noche, miré al cielo entornando los ojos, para ver las estrellas. Una hermosa luna asomaba por detrás de los edificios sonriendo. El nuevo día no estaba lejos, amanecería un día más, y yo deseaba ver la luz del sol tras los cristales. Estuve mucho tiempo observando la constelación boreal cuando la luz del alba llegó en silencio. El cielo se fue tiñendo de nubes y el aire acariciaba los árboles. El jardín era un cuadro monocolor, adornado por rosales y setos. La vista me fue guiando para reconocer el lugar. Unos pasos se delataron en la habitación. Ruidos procedentes de otras habitaciones y en los pasillos, pusieron punto y final al descanso: había llegado el nuevo día.

–¡Buenos días...! –saludó una nueva enfermera.

–¡Buenos días, señorita. –saludé.

Su voz era agradable y su sonrisa agradecida. Entró con varias pastillas en la mano y las dejó en la mesilla. Me miró con alegría, se acercó a mí y tomó

mi mano, advirtió la cajita de cuero, y cogió la otra. El pulso estaba normal, la presión no sufría alteraciones; anotó en una hoja de papel los estados de cada una de las observaciones. Se acercó a la mesa y recogió los medicamentos que había dejado en ella y los guardó en el bolsillo de su camisa. Al cerrar la puerta, me regaló una sonrisa y levanto su dedo pulgar positivamente. Cerró la puerta y salió. Minutos más tarde llegó el personal de la limpieza, con un amplio repertorio de utensilios: escobas, fregonas, paños. Me senté en la cama para no molestarles en su trabajo y en cinco minutos salían dejando la habitación impoluta. El pasillo era un constante ir y venir; personal del hospital, acompañantes de enfermos, cambios de turno y el servicio de alimentación que repartía el desayuno. Una señora entró enseñando toda su dentadura clonando la mejor sonrisa de su juventud. Me miró como a un bicho raro, simuló simpatía y miedo, y salió después de desearme un buen día. Oculté mi cara para que no viera mi sonrisa. En el hospital se había corrido la noticia de mi resurrección. Era temprano para desayunar, tenía apetito y no recordaba cuando fue la última vez que mi estómago gozó con la comida. Acerqué la mesilla a la cama y abrí la bandeja donde estaba el desayuno. Un agradable olor a café descafeinado con leche llegó a mi olfato. Cerré los ojos sintiendo que el aroma llegaba a mis pulmones. La imagen de María volvió a mí, cerraba los ojos y su presencia se hacía agradable, cuando los abrí, una mano se había posado en mi hombro. La sorpresa me desconcertó.

–¡Buenos días, caballero...! –dijo al tenderme la mano–. Soy su cardiólogo. Esta madrugada recibí una sorprendente llamada y por ese motivo he venido más temprano. El suceso ha sido una sorpresa para todo el hospital. No hubo nunca un caso con antecedentes como el suyo. Ayer por la tarde llegó usted prácticamente muerto. El equipo médico que le atendió, hizo todo lo que se puede hacer en esos casos y su cuerpo no respondía a ninguna de las reanimaciones. Se le dio por muerto.

Escuché en silencio, no tenía noción de lo que me había pasado, y dejé la taza de café sobre la mesilla. El doctor, un hombre joven miraba mis ojos con un rictus extraño, se explicaba con naturalidad. Gesticulaba con las manos y ponía el dedo índice sobre la mejilla cuando terminaba una frase. Esperó a que terminara el desayuno. Habló sobre casos similares, sobre la ciencia y la

medicina, sobre operaciones y los nuevos adelantos llegados al mundo de la cirugía. Cuando vio que había dado cuenta de todo lo que había llegado en la bandeja, se acercó y pidió que me tumbara en la cama. Puso la frialdad del fonendoscopio sobre el pecho y estuvo escuchando durante unos minutos. Su movimiento de cabeza puso alerta mis inquietudes. El sentido era negativo pero sus gestos no demostraban contrariedad. Al final soltó un largo suspiro, se separó de mi negaba lo evidente.

–Su corazón funciona perfectamente. Es increíble lo que le ha pasado. Voy a ordenar unas pruebas que diagnostiquen su estado. Si todo sigue como intuyo, podrá irse a casa mañana. –Y se fue.

En el transcurso de la mañana fue llegando el personal en cargado de las pruebas y análisis. Fueron horas intensas de aquí para allá y de allí para acá, al final llegué a la habitación por mi pie, deseando descansar. Cuando entré vi que había habido cambio de sábanas y un nuevo pijama me esperaba sobre la cama. Cogí una toalla que había en la parte abaja de la mesilla y entré en el baño dispuesto a darme una relajante ducha. Muchos minutos estuve bajo el chorro de agua caliente, disfrutando de aquella sensación de paz desconocida, gozar de cada uno de los segundos que pasaban escuchando el ruido del agua sobre mi cuerpo. Había tomado conciencia de lo sucedido y hablado con los profesionales que lucharon por mi vida. Llegué a la conclusión de haber nacido de nuevo. Pero algo extraño invadía mis células, algo que no había sentido antes, algo que marcaba diferencias entre el antes y el después en mi vida.

Salí de la ducha y sequé mi piel cuidando las partes donde había señales de desfibrilación donde quedaban restos de dolor. Me puse el pijama limpio, abrí la puerta y salí a la habitación. Con el dedo meñique en una oreja, trataba de sacar algunas gotas intrusas, cuando vi que había un hombre sentado en el sillón. Saludó con un dedo sobre la visera de su gorra. Lo miré tratando de hacer memoria, buscando entre los entresijos de mis recuerdos la imagen de su cara: no lo conocía o no lo recordaba. Mi salud fue una imitación al suyo, sin demostrar confianza. No había invitado a nadie, ni avisado a familiares sobre mi situación, así que no esperaba visitas. Me senté sobre la cama.

–¡Bienvenido a la vida...! –dijo el hombre.

Entonces lo miré con más precisión, igual no lo conocía, poniendo más atención en sus rasgos. Tenía barba blanca y pelo largo y una sonrisa que despejaba toda duda y desconfianza. Se levantó del sillón y se acercó a la cama. Su estatura era superior a la mía y vestía a la antigua usanza, todo de blanco. Miré sus ojos y pude ver un remanso de luz y paz en ellos, un reflejo que inundaba de solazada tranquilidad cada átomo. Me tendió la mano y la estreché con una incipiente sonrisa en mis labios.

–No necesitamos presentación. Usted sabe quién soy aunque no me reconozca, sabe donde ha estado aunque no lo recordará, sabe por qué estoy aquí, aunque no sepa mi nombre, sabe a ciencia cierta que ha abrazado a una persona muy amada... Sabe...

Dejó de hablar al llegar a ese punto de su monólogo. Mientras yo buscaba y rebuscaba en mis recuerdos: no entendía nada. Me había puesto de pie y volví a sentarme en la cama. Cerré los ojos y volvió de nuevo la imagen de María a mis retinas, María estaba acompañada de alguien esta vez: el hombre de blanco. Abrí los ojos buscando su presencia, pero ya no estaba. Había desaparecido. Miré en todas las direcciones con idéntico resultado, no había nadie en la habitación. Estaba solo. Segundos más tarde pensé que había tenido alucinaciones, que todo era producto de mi imaginación o sueños. Sobre la mesilla estaba la cajita de cuero donde guardaba el pelo de María, la cogí y la apreté fuerte contra mi pecho. Algo extraño había ocurrido...

## EPÍLOGO.

A la mañana siguiente, después de la visita del doctor, fui dado de alta. El informe no tenía diagnóstico claro. Las pruebas habían salido perfectas, incluso, sorprendentes para mis años. Me vestí con la ropa que llevaba aquella tarde, ropa deportiva y calzado de igual placer, y salí en busca de la salida. Las enfermeras saludaban a mi paso con evidentes cara de asombro. No sabía lo que había ocurrido, no dónde había estado, no sabía por qué... Al llegar a un largo pasillo, último para la salida, una enfermera caminaba en sentido contrario. Pasó junto a mí y, al pasar, sentí cómo mi corazón latía acelerado.

–¿Se siente bien...? –Era la voz de María...